



1. Y la sierpe, tan contenta

SOMOS muchos los que abrigamos la sospecha de que el amplio despliegue de las televisiones públicas y privadas de este país cuando se produce un nuevo asesinato de ETA, así como la obsesiva repetición de idénticas declaraciones verbales de los políticos a la prensa, ante los micrófonos o las cámaras, cada vez que los terroristas sacan sus garras a relucir, están presutando un flaco servicio a la serenidad democrática y benefician oscuramente a los intereses de la banda. Dicho de otra manera. Estamos concediendo tiempo y espacio publicitario a la promoción de una eficacia delictiva desde todo punto de vista indesable y a la propagación gratuita del estado del malestar que los criminales se afanan en instaurar.

Por supuesto que hay que dar noticia de los hechos. Lo contrario, silenciar los atentados y las muertes, sería, además de un manifiesto secuestro de la libertad, una nefasta contribución al desconcertante clima de miedo y de clandestinidad que alimenta la falta de información. Pero, conocidos ya los hechos por la opinión pública, la permanencia en pantalla durante días y días del recuerdo de los mismos, la imagen dolorosa mil veces emitida de sus trágicas consecuencias, las retransmisiones de actos de duelo y funerales, del llanto y del lamento grave de los familiares, todo el sufrimiento que el disparo o la bomba causó y sigue causando, ofrecidos sin descanso al lector, a la audiencia, o a los telespectadores, no hacen sino traer en plano continuo de la actualidad el pleno éxito del acto criminal. Bombo y platillo que les viene sin duda de perlas a los sangrientos, que siguen siendo noticia viva por los tiempos de los tiempos.

Casi a la misma altura promocional situaríamos esos torrentes de palabras, declaraciones vanas, condenas de repulsa, llamadas a la calma y alardes

de firmeza con que los gobernantes y representantes de los partidos se despachan tras cada una de las acciones terroristas. Un discurso que empieza a antojarse vacío a fuerza de redundante. Da la sensación de que no hay otra reacción posible y de que falla la capacidad de respuesta inmediata a tanta fechoría. Salen con lo que dijeron hace dos días y nos dejan aguardando el siguiente espanto, seguros de que volveremos a oírles repetir las mismas buenas intenciones y que se dan pasos concretos para intentar acabar con esa peste. Pero —lo dicho— la aparición pública de nuestros políticos con sus promesas y lamentos de fotocopia da una penosa sensación de derrota y de impotencia. Una sensación de triste y hondo calado en la gente cuya permanencia hará felices mientras dure a los perturbadores y perturbados de ETA y sus aledaños.

Tengo para mí que una mayor austeridad informativa en los medios de comunicación social y, a falta de resultados inmediatos, una disminución de ecos en la actitud de los demócratas, no les haría ninguna gracia a los terroristas. Y se trata justamente de eso. ¿O no?

L.U.

2. El envés de la trama

SUELE enfrentarse la cuestión terrorista sobre los datos que tal cuestión provoca en la ciudadanía, sobre el mal que suscita, sobre la muerte que impone. Es lo más obvio y, en definitiva, lo que más nos afecta. Los españoles, desde esta óptica, vivimos sumidos en una especie de horror casi insuperable ante tanta sangre y tanta desesperación como nos vemos obligados a soportar una y otra vez. Y nos preguntamos si en alguna ocasión medianamente cercana todo este demoledor espectáculo tendrá fin. Porque tenemos derecho histórico a que concluya.

Y sin embargo, hay algo mucho más sorprendente que lo anterior, algo que no solemos reflexionar y que nos sumerge en una situación mental de fantasmales realidades. El último filme de Jim Sheridan, tras la espléndida película que era *En el nombre del padre*, nos anima a reparar en esta complementaria dimensión terrorista: *The boxer* bucea en las simas más profundas del fenómeno irlandés, con el IRA al fondo pero también en primera instancia, y nos permite el acceso al mundo interior del grupo terrorista. Sin paliativos o frases prefabricadas, tan al uso. De pronto, siguiéndole la pista a un

ex militante del grupo tras pasar largos años en la cárcel y ahora ya en libertad, descubrimos un latido de auténtico terror en el mismo ámbito del terrorismo. Y aquí paramos el carro.

¿Cómo viven lo que viven estos hombres y mujeres que se implican en la tarea terrible de matar como acceso al bien pretendido? ¿Conforman un mundo amable, dominado por la fraternidad y el propio bien común de quienes se han confabulado para eliminar todo obstáculo posible? En absoluto. El mundo interior del terrorismo, cuenta Sheridan, es mucho más cruel, impositivo y dominado por el pánico que cuanto podamos decir de sus mismas acciones terroristas, que ya es decir. La «familia» no admite matizaciones, ni propias opiniones, ni tan siquiera trabajar para salir del vértigo en que se halla sumida. Es un contexto de muerte y destrucción que impone la obediencia ciega a la estructura y que acaba sistemáticamente con todo aquel que mínimamente se descoloca. Se persigue al posible disidente, se le cerca en todos los aspectos de su vida, y, al final, se acaba con él: el terrorismo es inicialmente terrorista consigo mismo. Ésta es la dimensión de la que casi nunca se habla y escribe. Y debiera hacerse con más frecuencia porque pone un punto más de podredumbre en toda esta salvajada desde metralletas y pasamontañas.

Hay que mirar al terrorista con una cierta conmiseración porque está sometido a la máquina de la muerte más fría en su propia casa y como posibilidad cotidiana. Carece de libertad. Es, sencillamente un vagón más en el tren que nos recorre el alma y está cargado de pura muerte. Un vagón tirado por los caballos de la intolerancia más estricta y que empieza en casa de los mismos terroristas. Por esta razón, conviene mirar despacio las últimas imágenes del citado filme, para que nos dejemos impregnar de tanta corrupción interna, de tanto asesinato entre los mismos que conforman la endiablada estructura destructiva.

No se escribe esto para producir vanos gestos de piedad. Se escribe para comprender mejor que la inhumanidad, cuando se produce, a quienes golpea en primer lugar es a los que la practican y aplican. Esta gente muere mientras va matando. Porque el odio que se genera es, prioritariamente, odio a la vida misma, a los más cercanos, al amigo. Hay que sumirse en esta tremenda reflexión para darse cuenta de la tragedia que implica el hecho terrorista. Hay más sangre de la que aparece. La sangre, probablemente, de quien intentó salirse de la espiral violenta para acceder a una posible paz. Vale la pena pensárselo despacio.

3. El problema del señor Clinton

CUANDO se escriben estas líneas, no sabemos en qué irá a parar todo este feísimo asunto. Porque los testimonios aumentan y el clamor popular comienza a desasistir a la víctima por encima de cuanto ella misma espera. El señor Clinton, ese Presidente de los Estados Unidos con su atractivo aire kennediano y cierta pose de amabilidad hasta física, se ha sumergido en la vorágine, siempre peligrosa, de una política mezclada con la pulsión sexual. Algo que otros prohombres yanquis ya conocieran pero que solamente sus biógrafos posteriores han puesto sobre el tapete público. Entonces, no se vinieron abajo: algo ostentaba el poder que podía con todo. Ahora ya no: el poder, desde la dimisión forzada de Nixon, entre muchas otras cosas, ha sido vencido por la expresión libre de los medios de comunicación, aunque podamos ponerles las pegas que queramos. La prensa y la televisión han sido funestas para el porvenir de Clinton.

Piero Rocchini, que durante años fuera psicólogo de la Asamblea italiana, dice que una de las características del poderoso, políticamente hablando, es la «neurosis narcisista». Y en un momento de su texto, escribe lo siguiente: *«Es precisamente la dificultad para conocer y percibir a los demás en su realidad lo que lleva a tener expectativas superiores a lo razonable y a manifestar sentimientos de sorpresa y rabia en respuesta a comportamientos externos que no se corresponden al deseo de manipular siempre y de cualquier modo»*. Y más adelante precisa todavía con mayor lucidez: *«El narcisista sólo se tiene a sí mismo como medida; de los demás —como no sea en tanto que instrumentos— no ha oído hablar»*.

El problema más íntimo del señor Clinton, así contempladas las cosas, no es una simple pulsión sexual entre otras tantas. Su problema será una determinada ejecución práctica del poder, que le lleva a situarse por encima de la mujer que tiene junto a sí y a instrumentalizarla a su propio gusto. Es la derivación de la prepotencia política hacia el terreno de la relación interpersonal y muy concretamente de la relación sexual. Está interesado, el señor Clinton, por él mismo, y las personas con las que ha estado relacionado sexualmente apenas tienen relevancia para quien está por encima de todo. Es decir, hay que aplicarle esa «neurosis narcisista» de que habla Rocchini, típica, en definitiva, de todo el que se descubre sobrevalorado en su misma situación de dominio.

¿Que esto puede afectar al político? Claro está. En última instancia, el político es el hombre y es un hombre concreto quien es un político concreto. Decir alegremente que la dimensión pública para nada roza la dimensión

privada significaría, sin más, partir al señor Clinton en dos y quedarnos con un trozo del mismo. El señor Clinton tiene un serio problema, en fin, que no ha sabido resolver a tiempo. Ahora, en el circo de la política norteamericana, le están creciendo sus propios enanos.

4. Pensando en la COPE

A nadie se le escapa que la cadena radiofónica COPE atraviesa instantes de sospecha ajena y, es de esperar, también de interrogante propio. No solamente porque uno de sus periodistas/estrella, Antonio Herrero, provocara un altercado con el PSOE al comparar a la ex ministra Rosa Conde con una de las amantes del presidente Clinton, sino mucho más por un estilo de «hacer radio» que se relaciona con el citado periodista, con un conocido líder de espacios deportivos y con otras personas vinculadas al conjunto de esa cadena de ondas para la opinión pública.

Es un estilo entre agresivo y demagógico, sin obviar dosis amplias de abundante polemismo. Es un estilo que, en muchas ocasiones, en lugar de comunicar, enfrenta, confronta y destruye al adversario, reducido a la nada sin la menor piedad. La primitiva información se convierte en sucesiva opinión para acabar por travestirse ésta de pura y dura agresión. Y no es excusa que otros protagonistas mediáticos, desde otras emisoras radiofónicas, por ejemplo, la SER, procedan con cierto grado de idéntica agresividad. Que la COPE reciba agresiones no justifica que las realice. Tanto más que tales agresiones no suelen señalar a la COPE en cuanto tal como objeto de sus iras, sino más bien a ese grupo de periodistas que permanentemente están en pugna abierta con los demás profesionales radiofónicos, políticos y sociales. Este detalle debe tenerse muy presente.

En éstas estamos, y resulta que los accionistas mayoritarios de la COPE son el conjunto de obispos españoles en la medida que conforman nuestra Conferencia Episcopal. En consecuencia, tiene una lógica primaria que se hable de «la emisora episcopal», por superficial que pueda resultar esta afirmación. Quiere decirse que, en esta situación, nuestros obispos están implicados les guste o no. Y se comprende que no les guste porque se trata de un asunto delicado, muy delicado, para la tarea evangelizadora que ellos deben presidir en España. Pueden reaccionar comentando que ellos están sumergidos en una lucha mediática feroz, pero tal comentario, siendo veraz, no soluciona las cosas, que siguen igual que antes.

Pensando en todo esto, puede que fuera positivo para nuestra compleja y multicolor Conferencia Episcopal, reflexionar sobre lo que está sucediendo y tomar algunas medidas en profundidad que nos evitara tener que defenderla, cuando la mejor defensa sería actuar como empresarios consecuentes con sus propias maneras de entender la vida y la misma realidad mediática. No en vano, el universo catalán episcopal se ha desvinculado de la COPE para montar su propia emisora, Radio ESTEL, con una orientación más cristiana en planteamientos y desarrollo profesional. Es decir, algunos obispos conocen lo que sucede y han buscado alternativas.

No es nuestra función tomar medidas. Pero sí lo es reclamar algún tipo de actuación episcopal, de tal manera que la COPE se tranquilice y, así, su masa empresarial no sea objeto de los sucesivos alegatos que en este momento tiene que encajar. Y que, al final, salpican a la Iglesia de España. ¿Sería perjudicial perder algo de capacidad en audiencia con tal de ganar en identidad como emisora confesional? Seguro que no. Y, sin quererlo, ya hemos insinuado una pista de posible futuro.

P. de P.